

Introducción

Habent sua fata libelli: cada libro tiene su peripecia. En los postres de la última década del siglo pasado se publicaron dos (uno se hizo viral en el momento mismo de su publicación, el otro experimentó lo propio casi dos décadas después con motivo de la elección de Trump). El primero, *El choque de civilizaciones*, del politólogo Samuel P. Huntington (1998), es muy conocido, aunque hoy está desdibujado (será objeto de consideración después). El segundo, menos conocido, *Forjar nuestro país. El pensamiento de izquierdas en los Estados Unidos del siglo xx* (1999), del filósofo Richard Rorty, es hoy una referencia usual en las publicaciones en inglés y da pie a estos primeros compases.

Puede resultar a primera vista llamativa la asociación entre Trump y la izquierda. Desde luego no pudo establecerla Rorty, porque murió en 2007, antes de la crisis financiera. Lo que lo ha hecho actual es su crítica a lo que llama la *izquierda cultural* por cuanto, al haber asimilado la *política identitaria*, prefiriendo a Freud sobre Marx y a los profesores posmodernos sobre los analistas sociales, ha dado carta de naturaleza a una política cultural donde se encuentra más cómoda la derecha; por otro lado, añade, la subordinación de la cuestión de clase ha dejado desamparadas a las clases trabajadoras. Es el contexto de este desamparo el que lleva a Rorty a recordar primero Weimar y después a Orwell (Rorty, 1999: 82-87):

Muchos estudiosos de política socioeconómica han advertido que las viejas democracias industrializadas están adentrándose en un período como el de Weimar, una fase en la que los movimientos populistas podrían llegar a derrocar gobiernos constitucionales. [...] Llegado este punto, algo tiene que reventar. El electorado que no vive en los barrios residenciales decidirá que el sistema ha fallado y empezará a buscar por ahí un hombre de hierro al que votar, alguien que les asegure que, cuando sea elegido, los burócratas engreídos, los abogados liantes, los corredores de bolsa con sueldos desproporcionados y los profesores posmodernistas no seguirán teniendo la sartén por el mango. [...] El objetivo es mantener las mentes de los proletarios en otro lugar. [...] Si se evita que los proletarios piensen en su propia desesperación a través de la difusión de pseudoacontecimientos creados por los *mass media* —incluyendo guerras ocasionales y sangrientas—, los superricos no tendrán nada que temer.

No cabe aquí una discusión de las tesis de Rorty; solo a los efectos de esta puesta en contexto procede recordar cuatro elementos de ese libro que lo convirtió en profeta. En primer lugar, la responsabilidad de la deriva culturalista de la izquierda, con dos efectos agregados: el desamparo de las clases trabajadoras y el desplazamiento de los votos a la derecha por cuanto el marco identitario adoptado por la izquierda es mucho más favorable a las concepciones esencialistas, nativistas y etnocéntricas de la derecha.³ Por eso queda disponible para «demagogos burdos [...] sacar tajada del foso creciente entre

³ A este respecto objeta Norbert Trenkle: «Pues el populismo de derecha juega mucho más desinhibido y con más éxito en el terreno de la identidad nacionalista, la demarcación racista y el resentimiento. En eso se basa su éxito. En el fondo, los votantes de la derecha sospechan que sus promesas de política económica y social, muy similares a las del populismo de izquierda, son inalcanzables. Pero se aferran a la sensación de seguridad que ofrecen las identidades colectivas nacionalistas y las construcciones de “enemigos del pueblo” que los amenazan. Una izquierda que se suma a esta tendencia, incluso moderadamente, ya ha renunciado a cualquier pretensión de emancipación» (Norbert Trenkle: «Avance hacia la regresión: para una crítica del nacionalismo de

pobres y ricos». En segundo lugar, la consiguiente división de la sociedad entre una minoría muy rica, que Rorty interpreta en términos orwellianos como el *partido interior*, y una masa proletarizada. En tercer lugar, la advertencia sobre la demanda de un hombre fuerte como salida desesperada por los sectores sociales abandonados. Por último, la importancia de la maniobra de distracción, es decir, de la alquimia, incluyendo el uso de la guerra; una tarea que corresponde al *partido exterior*, los profesionales que aseguran que las decisiones adoptadas por los superricos son llevadas a cabo con guante de seda: «la izquierda académica foucaultiana en los Estados Unidos de hoy es exactamente el tipo de izquierda con el que sueña la oligarquía» (ibídem: 117).

Este último elemento es el que nos devuelve al otro libro, *El choque de civilizaciones*, que sirvió de libreto para las guerras imperialistas de principio de siglo. Cumple la función de desviar la atención de la desigualdad y las estrecheces económicas, de la dimensión vertical del malestar, al escenario de la mística nacional, el ecosistema simbólico de las diferencias fundacionales nosotros/ellos, una plantilla típica de las gramáticas identitarias. Hay dos factores relativos a este libro que interesa destacar. El primero es que es el resultado de una conferencia pronunciada por Huntington en 1992 en el American Enterprise Institute, suerte de buque insignia de la derecha (neo)conservadora y de la ortodoxia neoliberal. El segundo es que el politólogo utiliza el término *civilización* en el sentido alemán de *Kultur*. La distinción fue elaborada, entre otros, por Norbert Elias, un autor que no aparece citado en el libro de Huntington, en lo que se antoja una segunda operación de distracción. Entender esto es fundamental para el hilo argumental

izquierda», *Constelaciones*, 13 (2021), p. 486 [en línea], <<http://constelaciones-rtc.net/article/view/4545/5182>>. [Consulta: 25-8-2022].

de lo que sigue. No es de ninguna manera adjetiva la dedicatoria de los dos volúmenes de *The civilizing process* (*Proceso de civilización*) a la memoria de sus padres, muerto Hermann Elias en el campo de Breslau y Sophie Elias en el de Auschwitz. El propio Elias pasó la mayor parte de su vida en el exilio. El enfoque de Huntington pone el énfasis en las relaciones internacionales marcadas por la oposición entre «las civilizaciones no occidentales [...] y el poder dominante de Occidente» (1998: 183-184); en cambio, Elias lo ubica en los procesos paralelos, sociogenéticos y psicogenéticos, de cambio social e individual que caminan hacia instituciones diferenciadas que expulsan la violencia hacia arriba (monopolio estatal) y hacia el control de los afectos en el interior de los individuos (subjetivación autoritaria). Significativamente, el marco que propone Huntington se sitúa en una dirección distinta de la trayectoria civilizatoria de Elias. No es extraño que el sociólogo de Breslau esté ausente en el politólogo de Harvard.

No obstante, Huntington incorpora una lectura etnocéntrica que se inscribe en ese anticlón epocal vivido tras la caída del Muro y que fue enmarcado en otra figura de éxito: la del «final de la historia», formulada por Francis Fukuyama (*The end of history and the last man*, 1992), que asumía una suerte de corriente teleológica e irreversible en la que acabarían desembocando los ríos de la humanidad. No es casualidad que la politología fuera entonces el terreno de la transitología; del proceso de incorporación a esa cuenca central. Hay citas cruzadas en los libros de Huntington y Fukuyama. Pero este último, paradójicamente, por cuanto pretende explicar el curso de la historia, tampoco menciona a Elias. Con razón, Elias establece que los procesos civilizatorios avanzan en paralelo a los des-civilizatorios y se detiene al final en prevenir contra la autossatisfacción y la irreversibilidad, subrayando el carácter precario del proceso civilizatorio: «nuestra época no es en absoluto el

punto final o el pináculo [...] sino que está preñada de tensiones irresueltas y de procesos inconclusos de integración cuya duración y dirección precisa no están claras» (Elias, 1982: 332). Con más detalle escribiría en su último libro (Elias, 1996: 170): «La civilización de la que hablo nunca es un proceso acabado y está siempre en peligro. Está en peligro porque la salvaguarda de estándares más civilizados de conducta y sentimiento en la sociedad dependen de condiciones específicas».

Hay otro aspecto común a los libros de Fukuyama y Huntington, que tampoco citan a Rorty y se desentienden de la cuestión de la desigualdad (en ninguno de los índices analíticos aparece el término). Es particularmente llamativa desde la perspectiva actual la asociación entre capitalismo y democracia que establece Fukuyama. Y lo es por cuanto, en el diagnóstico de numerosos analistas, es precisamente el derrotero del primero el que se ha convertido en la principal fuerza desestabilizadora de la democracia por la vía directa de la captura (oligarquización, confiscación del Estado) y por la indirecta, resultado de la acción de los alquimistas, de la regresión populista.

Cabe registrar entonces un doble giro distractor. El primero deriva del desplazamiento del foco del análisis interno de los procesos de transformación sociopsicológica al externo de la confrontación identitaria. Este contraste lo expresaba así Tim J. Berard: «Demasiada gente se abona a la creencia de que los mayores peligros provienen ahora de un choque de civilizaciones y de ese modo hemos descuidado la vieja perspectiva de que cada civilización, y en una escala superior cada sistema viable de relaciones internacionales, refleja un choque más o menos exitoso, pero siempre difícil y tenue, entre agresión incontrolada y patrones regulados de interdependencia social».⁴

⁴ Tim J. Berard: «Under the shadow of the authoritarian personality: Elias, Fromm, and alternative social psychologies of authoritarianism», en Dépeltau y Landini (eds.), 2013: 238.

El segundo distractor o cambio de agujas, el más evidente y del que da cuenta Rorty, es el que trasvasa la atención desde lo socioeconómico a lo cultural-identitario. Ambos resuenan en el esquema inspirador de Elias, muy influido por los acontecimientos que llevaron desde la democracia de Weimar a la barbarie nazi, una trayectoria que enlaza la frustración con la devoción al *hombre de hierro* y constituye un terreno abonado para los demagogos. Como escriben Horkheimer y Flowerman, desde las coordenadas históricas de Elias, en la introducción a *Prophets of deceit*, una obra penetrante: «La demagogia hace acto de presencia cada vez que una sociedad democrática está amenazada de destrucción interna. En un sentido general, su función ha sido siempre la misma, conducir a las masas hacia metas que van en contra de sus intereses básicos. Y esta función da cuenta de la irracionalidad de la demagogia; las técnicas psicológicas que emplea tienen una base social definida» (Löwenthal y Guterman, 1949: xi).

La verdadera amenaza para la democracia americana no viene de los enemigos exteriores, del 11-S (2001), sino de los interiores; de lo que representan los asaltantes al Capitolio el 6-E (2021), precisamente imbuidos de la retórica guerrera, nativista y populista del *choque de civilizaciones*, como se verá con detalle en el capítulo siguiente.

Los nombres citados no lo han sido a título de avalistas o proveedores de argumentos de autoridad, sino como herramienta heurística y como baliza para acotar el espacio de interés; para acercar el foco al terreno del presente objeto de análisis. Ese presente se resume según varios analistas en el diagnóstico del síndrome de fatiga crónica en la perspectiva sincrónica, mientras que, desde la diacrónica, se habla de *regresión*, *involución*, *declinación*, *colapso* o afines. Pippa Norris y Ronald Inglehart (2018) prefieren la denominación de *contragolpe* o *reacción cultural* (*cultural backlash*), que de

alguna manera solapa los dos sentidos. En esas coordenadas se inscribe este ensayo.

«La cuestión central de este momento es si estamos ante un rechazo planetario de la democracia liberal y su sustitución por algún tiempo de autoritarismo populista». Así abre su reflexión sobre la fatiga democrática Arjun Appadurai (Geiselberger, 2017: 1). En el prólogo a ese volumen, Geiselberger (ibídem: viii) remite a un pronóstico del sociólogo Ralph Dahrendorf, contemporáneo al escrito de Rorty sobre el *hombre de hierro*, según el cual el siglo XXI podría muy bien convertirse en «el siglo del autoritarismo». El concepto de *fatiga democrática* tiene interés porque desborda el rótulo añejo de la *crisis de la democracia*. En este caso, lo que se observa es que diferentes grupos, también por razones diversas, están perdiendo la confianza no solo en las instituciones de la democracia vigente, sino en la idea misma de democracia.⁵

El volumen editado por Geiselberger lleva por título *La gran regresión*, en eco expresamente reconocido a *La gran transformación*, obra del historiador económico austrohúngaro Karl Polanyi publicada en 1944. La regresión se desglosa tanto en el plano interno de la incapacidad de las democracias para atender las demandas de los ciudadanos o la tendencia en muchos de estos a comportarse como clientes con solo derechos de acuerdo con las pautas del individualismo y del consumismo, y el debilitamiento de las instancias internacionales y las iniciativas hacia una esfera pública transnacional, como, del lado de la ciudadanía, en la pérdida de atractivo de una identidad cosmopolita absorbida por una retórica de resonancias tribales emparentada con la retórica del *choque*

⁵ Ingolfur Blühdorn: «The dialectic of democracy: modernization, emancipation and the *great regression*», *Democratization*, 27, 3 (2020), pp. 390-391 [en línea], <<https://www.tandfonline.com/doi/full/10.1080/13510347.2019.1648436?scroll=top&needAccess=true>>. [Consulta : 25-8-2022].

de civilizaciones. «¿Dónde nos encontraremos a la vuelta de cinco o diez años? ¿Cómo detener esa regresión global?», se pregunta Geiselberger a modo de incierta conclusión, a la que los años transcurridos no han restado vigencia.

Uno de los capítulos de la recopilación lleva por título «Descivilización: sobre las tendencias regresivas en las sociedades occidentales» y se debe al sociólogo Oliver Nachwey (en Geiselberger, 2017: 130-142). Inspirándose en Elias, observa que los países capitalistas occidentales se caracterizan por procesos de «modernización regresiva», una dialéctica de progreso y regresión que ha generado perdedores que buscan refugio en los afectos regresivos de la descivilización. Se da así la paradoja de que la ruptura de los lazos sociales tradicionales que debía liberar al individuo lo ha dejado más indefenso y dependiente que nunca, porque la erosión del Estado del bienestar y el desmantelamiento de las instituciones de solidaridad lo han expuesto a los aspectos negativos de su individualidad, el desamparo y la soledad. El neoliberalismo, como expresión cuasimística de la razón instrumental, ha jugado un papel en esa desposesión que no es solo económica, pues ha contribuido notablemente al vaciamiento de la sustancia democrática. En tal sentido, Jacques Rancière (2006: 73) manifiesta que «los males que padecen nuestras democracias son principalmente males relacionados con el insaciable apetito de los oligarcas». De modo que buena parte de los problemas que nos aquejan no tienen que ver con la democracia, sino con la falta de democracia, y partiendo de esas premisas previene ante el hecho de que los relatos desde el ángulo de la descivilización o la regresión puedan contribuir a empeorar lo que denuncian: un aviso que conviene tener presente. En este sentido, puede encontrarse un elemento aprovechable en el populismo por su reverso: es el indicador de un deterioro profundo en el funcionamiento de las democracias.

Pero como ilustración adicional de las simultaneidades anacrónicas de que se hablará en el siguiente capítulo, puede darse también aquí una alianza de extremos entre preilustrados antiliberales y críticas postilustradas a la democracia. A lo que hay que añadir la posición peligrosa por ingenua de quienes creen, a la sombra de Fukuyama, que la democracia es suficientemente sólida para arrostrar los ataques de fuego graneado que recibe. Así cabe entender la consideración de Inglehart (2018: 116) en el sentido de que «no hay que sucumbir al pánico», porque la «recesión democrática» en curso y la oleada de populismo de extrema derecha son fenómenos cíclicos que no alterarán las «dinámicas de modernización y democracia».

Como suele ocurrir, el refranero tiene su parte de verdad. Si uno está hambriento, no le importará que le llamen tonto si le dan pan. Incluso sin dárselo o, peor, quitándoselo, mientras le prometen participar en dividendos más gloriosos. La susceptibilidad al engaño, es decir, la ventana de oportunidad de los alquimistas, parece encontrarse en relación directa con un contexto de carencias y desconfianzas (malestar social) que, según se constata desde diferentes ángulos, desembocan en un descrédito de la democracia y en el conjunto de instituciones que la sustentan. «En tiempos de crisis, las ilusiones cotizan al alza», escribe Norbert Trenkle, que ilustra su aserto recordando la romantización de los tiempos gloriosos en la Alemania de hace un siglo.⁶ En la misma dirección, en términos que nos devuelven al *hombre fuerte* de Rorty, tres prestigiosos politólogos establecen una relación causal entre desamparo y autoritarismo:⁷

⁶ Norbert Trenkle, «Avance hacia la regresión: para una crítica del nacionalismo de izquierda», *Constelaciones*, 13 (2021), p. 479 [en línea], <<http://constelaciones-rtc.net/article/view/4545/5182>>. [Consulta: 25-8-2022].

⁷ Christopher Walker, Marc F. Plattner y Larry Diamond: «Autoritarismo globalizado», *El País*, 8 de mayo de 2016.

Quizás no debería resultar sorprendente que la actual oleada autoritaria esté cobrando fuerza en una época en la que el malestar parece estar apoderándose de las principales democracias del mundo. Sin duda, algunos de sus puntos débiles frente a la creciente amenaza autoritaria son consecuencia de la crisis económica mundial y de la persistente pérdida de confianza que se ha engendrado en Occidente.

Es ese contexto el que ha motivado el interés por la experiencia de Weimar, el caso prototípico de derrumbe de la democracia, que se manifiesta en un cambio de los actores que buscaban transformaciones en la democracia (ATTAC, Foro Social Mundial, Occupy Wall Street, Nuit Debout, las *primaveras árabes*, el 15-M, la *tentifada* israelí, Black Lives Matter, BLM...) por los que buscan el cambio de la democracia (partidos de derecha extrema, nacionalpopulismo, trumpismo). El Make America Great Again, MAGA, se ha sobrepuesto al BLM; y Podemos, que quería adelantar al PSOE y diseñó una campaña que emulaba los catálogos de Ikea, ha sido sobrepasado por Vox.⁸ El éxito del trabajo de los alquimistas se observa en que la indignación ha cambiado de acera y los votos de protesta parecen preferir las candidaturas antisistema de los ingenieros del caos (Stefanoni, 2021). Así se expresaba esta visión en *Le Monde Diplomatique*:⁹

En los últimos veinte años, el capitalismo ha encadenado una serie de crisis, mareas humanas han exigido a sus líderes que se marchen (*dégagent*) sin que el orden neoliberal vigente se vea seriamente sacudido, sin embargo. Y es la extrema derecha la

⁸ Hans-Georg Betz: «Daenerys Targaryen at IKEA: left-wing populism in Spain», *American Political Science Association: Comparative Politics Section*, 2016, pp. 4-7.

⁹ Benoît Bréville y Serge Halimi : «Pourquoi la gauche perd?», *Le Monde Diplomatique*, enero de 2022 [en línea], <<https://www.monde-diplomatique.fr/2022/01/BREVILLE/64204>>. [Consulta : 25-8-2022].

que avanza. Los errores y negaciones de la izquierda en el poder, particularmente en Europa, explican por qué no se ha beneficiado del descontento general. Pero, más allá de su historial de quiebras, ¿qué perspectivas serias conserva de transformar la sociedad cuando su divorcio de las clases trabajadoras se ha consumado en casi todas partes?

Conviene hacer algunas catas para dar concreción a estas apreciaciones. El Barómetro de Confianza Edelman presentó en enero de 2022 los resultados de una encuesta a 35 000 personas en 28 países y lo tituló «El ciclo de la desconfianza». Entre los resultados referidos a la confianza en diferentes colectivos destacan los siguientes: dos tercios de los entrevistados creen que los periodistas (67 %), los políticos en el Gobierno (66 %) y los ejecutivos de las empresas (63 %) «intentan deliberadamente engañar a la gente diciendo cosas que saben que son falsas o exageraciones graves». Un 48 % ve al Gobierno como una fuerza divisoria de la sociedad y un 46 % atribuye esa característica a los medios de comunicación. Los resultados añaden un elemento de contraste adicional: mientras que las personas que viven en democracias muestran una caída rápida en la confianza en ellas, la confianza en los regímenes autoritarios (China, Emiratos Árabes Unidos y Arabia Saudí, por ejemplo) está creciendo en los habitantes de esos países. En estos últimos, se observa igualmente un incremento de la confianza entre los sectores favorecidos y los de renta baja. Por último, esa desconfianza se proyecta hacia fuera, hacia las instituciones, pero también hacia personas de otros países o regiones.¹⁰ Esta es la tendencia que observa el politólogo berlinés Boris Vormann: «la democracia liberal parecía hasta hace poco el modelo triunfante e incontestable

¹⁰ 2022 Edelman trust barometer: the cycle of distrust [en línea], <<https://www.edelman.com/trust/2022-trust-barometer>>. [Consulta: 25-8-2022].

y la única forma de gobierno legítima. Ahora bien, un número creciente de Estados se está desviando de ella».¹¹

Diversas fuentes avalan esas percepciones. En una encuesta de Pew Research a muestras de 17 economías avanzadas a finales de 2021, el 56 % manifiesta que su sistema político necesita cambios serios o una reforma total. En Italia, España, Estados Unidos, Corea del Sur, Grecia, Francia, Bélgica y Japón, la cifra sube hasta los dos tercios del total.¹² El descontento tiene que ver fundamentalmente con la economía, la pandemia y la división social.

La evolución a escala planetaria no ofrece resultados más halagüeños. Freedom House detecta un retroceso en las variables de calidad democrática en 113 países desde 2006 y una caída análoga en términos de legitimidad y lealtad ciudadana. Si entre los nacidos en los años treinta vivir en democracia era esencial para un 53 % de los europeos y más del 70 % de los norteamericanos, entre los nacidos en los ochenta los valores caen al 31 y 43 %, respectivamente. De modo correlativo, los ciudadanos de las democracias están cada vez menos satisfechos con sus instituciones y muestran preferencias crecientes por formas alternativas de gobierno.¹³

Por su parte, el Democracy Index, que elabora una clasificación de la salud democrática en 167 países a partir de cinco medidas, revela que en 2020 la democracia global continuó

¹¹ Stéphane Bussard: «Le crépuscule des démocraties», *Le Temps*, 3 de enero de 2022 [en línea], <<https://www.letemps.ch/monde/crepuscule-democraties?>>. [Consulta: 25-8-2022].

¹² Richard Wike, Janell Fetterolf, Shannon Schumacher y J. J. Moncus: «Citizens in advanced economies want significant changes to their political systems», *Pew Research Center*, 21 de octubre de 2021 [en línea], <<https://www.pewresearch.org/global/2021/10/21/citizens-in-advanced-economies-want-significant-changes-to-their-political-systems/>>. [Consulta: 25-8-2022].

¹³ Roberto Stefan Foa y Yascha Mounk: «The danger of deconsolidation», *Journal of Democracy*, 27, 3 (julio de 2016), pp. 5-17; *The Guardian*, 15 de mayo de 2019; *Le Monde*, 17 de mayo de 2019.

su línea regresiva. Solo un 8,4 % de la población mundial vive en una democracia completa, mientras que alcanza a un tercio el tramo de quienes viven bajo gobiernos autoritarios. La puntuación global para ese año fue de 5,37 sobre 10, la más baja registrada desde que comenzó la serie en 2006.¹⁴ La tendencia ha sido confirmada por los datos de 2021, que muestran que más de un tercio de la población mundial vive bajo un régimen autoritario, mientras que solo el 6,4 % disfruta de una democracia plena. La puntuación global cayó de 5,37 a un nuevo mínimo de 5,28.¹⁵

Un indicador desde otro ángulo corrobora este cambio involutivo: el de la educación superior. El Academic Freedom Index de marzo de 2022 muestra una degradación en la última década, de modo que dos de cada cinco investigadores experimentan una «caída significativa» en la libertad académica. Los autores del informe lo vinculan con un declive de la democracia, que ya venían confirmando otros informes.¹⁶

Podrían multiplicarse las referencias demoscópicas para apuntalar la pauta. En los capítulos del libro aparecerán datos adicionales; esta cala es suficiente para los propósitos orientativos de esta introducción.

¹⁴ «Global democracy has a very bad year», *The Economist*, 2 de febrero de 2021 [en línea], <<https://www.economist.com/graphic-detail/2021/02/02/global-democracy-has-a-very-bad-year>>. [Consulta: 25-8-2022].

¹⁵ «Democracy index 2021: the China challenge», *Economist Intelligence*, s. f. [en línea], <https://www.eiu.com/n/campaigns/democracy-index-2021/?utm_source=economist&utm_medium=daily_chart&utm_campaign=democracy-index-2021>. [Consulta: 25-8-2022].

¹⁶ Ben Upton: «Two in five live under “significant decline” in academic freedom», *The Times Higher Education*, 3 de marzo de 2022 [en línea], <<https://www.timeshighereducation.com/news/two-five-live-under-significant-decline-academic-freedom?>>. [Consulta: 25-8-2022]; «Global index finds most countries do not respect academic freedom and shows signs of decline», *Education International*, 14 de abril de 2021 [en línea], <<https://www.ei-ie.org/en/item/24856:global-index-finds-most-countries-do-not-respect-academic-freedom-and-shows-signs-of-decline>>. [Consulta: 25-8-2022].

Una vez encuadrado el objeto de interés, procede ofrecer algunos detalles sobre el contenido del libro. El hilo narrativo viene expresado en el título, mientras que el subtítulo marca los hitos históricos que circunscriben el espacio de análisis. La expresión *malestar social* es en cierto modo un tributo a *Profetas del engaño* (Löwenthal y Gutterman, 1949), cuyo capítulo II lleva ese título: «Social malaise». Usamos Weimar como telón de fondo y el asalto al Capitolio norteamericano en cuanto expresión del trumpismo como escaparate de los derroteros de los sistemas políticos. La perspectiva histórica es doblemente obligada, para proyectar una luz larga sobre los procesos del inmediato presente y tomar conciencia de la propia historicidad de los fenómenos (y de los análisis sobre ellos) y la renuencia a hacer concesiones a la ineluctabilidad. La mirada sobre Weimar varía en función de las condiciones y los momentos en que se encuentran los observadores. Cabe señalar una perspectiva histórica en la línea de la cosmovisión optimista que veía Weimar como un episodio o bien del pasado o bien alejado del patrón democrático, frente a una consideración sociológica que observa Weimar como un acontecer cabalmente moderno y, en los tiempos recientes, con elementos analógicos con procesos que afectan a las democracias avanzadas.

Se pretende a partir del contraste entre esos dos supuestos aislar un conjunto de procesos significativos para dilucidar la meteorología política. El resto del libro selecciona una muestra de casos con objeto de validar, completar y precisar los elementos de la plantilla analítica circunscrita por los puntos de referencia. Se persigue con ellos afinar en la exploración a la vez que dibujar conexiones inesperadas. La selección de casos obedece a una intención heurística: se busca la potencialidad para ilustrar tendencias típicas, es decir, susceptibles de iluminar realidades en otros lugares. Por eso figuran algunos de

los más estudiados (el trumpismo, el *Brexit*, el Grupo de Visegrado) al lado de otros que han permanecido fuera de foco (Israel, los Balcanes) y, en medio, muestras menos esperadas (Italia, Francia¹⁷). El enfoque del estudio de caso se amplía con saltos en el espacio y en el tiempo para conectar ejemplos separados mediante referencias cruzadas. Ocurre un fenómeno análogo en el recurso a las disciplinas convocadas.

La autoría compuesta no es adverbial. Se pretende combinar las luces largas de la profundidad historiográfica con la exploración sincrónica de procesos psicosociopolíticos. Las luces largas se retrotraen hasta finales del siglo XIX, el momento del antisemitismo, que prefigura el desenlace de Weimar. La triple textura de los procesos puede ser resumida así: el estrato psicológico entendido como control de los procesos afectivos es fundamental en lo que llama Elias el *proceso de civilización*, pero el mundo de los afectos puede ser instrumentalizado con miras distintas a la diferenciación y la integración. El plano sociológico se fija sobre todo en la tendencia creciente a la desigualdad y la oligarquización, lo que ha dañado terriblemente la cohesión social, que a su vez ha alimentado los sentimientos de malestar del estrato psicológico. Las estructuras de provisión de bienes públicos han sido capturadas por una élite plutocrática, lo que ha dejado al Estado en condiciones de incapacidad para atender las demandas sociales.

En esas condiciones, los seres humanos nos volvemos más susceptibles a los *hombres fuertes*, a quienes confiamos la salvación. Es la estructura de oportunidad para los demagogos, los alquimistas del malestar. En general, esos magos no actúan sobre los procesos socioeconómicos responsables del

¹⁷ Cabe precisar que la ausencia de datos y análisis específicos sobre la realidad española obedece a que está previsto un volumen monográfico dedicado a ella.

malestar, sino sobre las percepciones y las atribuciones de la ciudadanía, operando un giro desde la dimensión socioeconómica causante del daño al plano cultural de las identidades y la búsqueda de enemigos corporativos. Como consecuencia de la confluencia de estos procesos, la política sufre un notable deterioro por cuanto el ciudadano, que se ve abandonado por las instituciones que debían protegerle, deserta o abandona su lealtad a la democracia en busca de otros proveedores.

En otras palabras, y como observa Elias a propósito del nazismo, con miras generalizables, las poblaciones salen peor de lo que estaban cuando arranca el arrebato. Bien podría decirse que la pregunta de «¿Cuándo se jodió *X*?» muchas veces puede contestarse con «Cuando se llevó al Gobierno a quien prometió hacer a *X* grande otra vez». Como se ha señalado, «el nacionalpopulismo es un régimen simbólico hiperclórico para organismos estructuralmente anémicos».¹⁸ Es la anemia, las condiciones estructurales (demanda), lo que hace atractivo el remedio mágico de los alquimistas (oferta). En la fatídica fecha de 1933 escribía Friedrich Pollock: «Ya hoy, una gran parte de las pretensiones de la clase media solo se satisface de forma imaginaria en lugar de en términos económicos reales».¹⁹

El concepto de *alquimista* que usamos, equiparable a otros como *mago*, *ilusionista*, *charlatán*, *auxiliar mágico*, *prestidigitador*, *hechicero*, *chamán*, *demiurgo* o *demagogo*, que irán apareciendo a lo largo del escrito, encierra dos rasgos. Es, en primer lugar, una figura con gran poder de seducción, al-

¹⁸ Martín Alonso: «La confiscación del Estado: econocracia, prácticas tecnogerenciales y nacionalpopulismo», en Zamora, 2021: 181.

¹⁹ Friedrich Pollock: «Observaciones sobre la crisis económica», *Constelaciones*, 13 (2021), p. 553. (publicado originalmente en *Zeitschrift für Sozialforschung*, 2 [1933] pp. 321-353).

guien que opera una suerte de magia química, como refleja el sentido histórico del concepto, para transmutar unos elementos con base real en capital político, hacer del malestar caja. En segundo lugar, el uso que se hace de esos poderes no contribuye a resolver los elementos problemáticos de partida, sino a empeorarlos. En este sentido, en el marco de la Escuela de Fráncfort se habló de un «psicoanálisis invertido» (*umgekehrte Psychoanalyse*); del *alquimista del malestar* como un antiterapeuta que, en vez de analizar la sensibilidad sufriente para curarla, la explota y contribuye a reforzar las condiciones que la producen. En tal clave se refiere Yves Mény (2019: 199) a los partidos populistas como «el lobo en el redil».

El concepto de *terapia invertida* ha sido recuperado recientemente en el ámbito alemán para describir la estrategia de Alternativa para Alemania (AfD), que comenzó poniendo el foco en las cuestiones económicas (efectos de la crisis, crítica de los países del sur y apoyo a la austeridad), pero lo desplazó luego a las cuestiones culturales (rechazo a la inmigración, euroescepticismo, negacionismo pandémico). Su éxito obedece, según Wiebke Keim, a su capacidad de ofrecer respuestas culturales a problemas económicos. Keim se apoya en esta reflexión de Floris Biskamp: «La extrema derecha ha logrado capitalizar tales miedos, “movilizarlos, enmarcarlos, estructurarlos” en un proceso que se asemeja a un “psicoanálisis invertido”». Keim observa que la misma receta mágica de conversión de lo económico en identitario ha funcionado en otros lugares: «Como solución ofrecen la revitalización de solidaridades exclusivas, combinadas con la idea de un retorno a un pasado glorioso, a un estado anterior *más puro* de una comunidad imaginada, a los roles de género tradicionales y familias saludables».²⁰

²⁰ Wiebke Keim: «Post-fascists: putting the so-called *populist-right* into

El nombre de este partido alemán (AfD) tiene una clara connotación contextual. Nació en respuesta a la declaración improvisada de Angela Merkel de que su política monetaria era *alternativlos* («sin alternativa disponible»). Ivan Krastev y Stephen Holmes ven allí un paralelismo con lo ocurrido tras la caída del comunismo, que suscitó una reacción o contra-golpe nacionalista que generó una «revuelta antiliberal, anti-globalista y antiinmigración que fue explotada y manipulada por populistas demagogos que sabían cómo demonizar a los *enemigos internos* para movilizar el apoyo público».²¹ Esa movilización de sentimientos negativos funciona como un salario psicológico, como un bálsamo simbólico preparado en la retorta demagógica, desde el lado de los seguidores. Desde el de los líderes, como un mecanismo de capitalización o expropiación, en el doble sentido económico y político. Debidamente procesado por la retorta emocional, el malestar se convierte en un valioso activo. Giuliano da Empoli (2020: 169) recoge estas palabras de Dominic Cummings, el ingeniero del caos del *Brexit*: «Es como si nos encontráramos en una plataforma petrolífera, encima de todos esos yacimientos de energía acumulados [...]. Todo lo que tenemos que hacer es averiguar dónde están, perforar y abrir la válvula para liberar la presión».

Pero no solo ofrecen salario psicológico o no es eso lo que ofrecen en primer lugar. El producto más apreciado del ata-

historical perspective», *Journal of Historical Sociology*, 34(4) (2021), pp. 618-619. Floris Biskamp: «Angst-Traum *Angst-Raum*. Über den Erfolg der AfD, “die Ängste der Menschen” und die Versuche, sie “ernst zu nehmen”», *Forschungsjournal Soziale Bewegungen*, 30(2) (2017), pp. 91-100.

²¹ Ivan Krastev y Stephen Holmes: «Populisms in Eastern Europe: a demographic anxiety», *Le Débat*, 204, 2 (2019), pp. 161-169; Marcus Colla: «“Alternativlos”? The future of Angela Merkel’s chancellorship», *Lowy Institute*, 16 de septiembre de 2016 [en línea], <<https://www.lowyinstitute.org/the-interpretor/alternativlos-future-angela-merkel-s-chancellorship>>. [Consulta: 26-8-2022].

nor alquimista es el confort cognitivo. Lo más valioso y atractivo de las recetas populistas es que proporcionan un mundo perfectamente legible por su máxima simplicidad. Todo está claro en él en virtud de una asignación estereotipada de papeles en la que los *nuestros*,²² a pesar o por el hecho de ser superiores, se encuentran en un trance existencial debido a la maldad de poderosos enemigos conjurados, el *ellos* de guardia. El esquema es tan simple que asegura una completa traducibilidad. La misma sintaxis tripartita y elástica (*nosotros, el pueblo, el enemigo*) rige en los discursos populistas: basta con adquirir un léxico elemental de geografía e historia autóctona para desempeñarse con soltura en las diferentes coordenadas. No es extraño que tantos nacionalpopulistas hayan nacido en otras coordenadas. Desde este prisma se entiende el atractivo del antisemitismo, como detalla Leszek Kolakowski (1970: 204-207):

La principal misión del antisemitismo consiste en crear el símbolo universal del mal, símbolo que luego se pretende asociar, en el pensamiento de las gentes, con aquellos fenómenos de la política, la cultura y la ciencia que se quiere combatir. [...] De aquí procede el valor inapreciable que el antisemitismo posee para todos los movimientos reaccionarios, en especial durante las épocas de grandes tensiones sociales o en todos los infortunios y adversidades. [...] El antisemitismo es, en su simplicidad, un invento excelente e indispensable: un programa de una tosquedad inmensa que puede ser asumido y entendido sin un

²² Un concepto elástico: hemos observado cómo para el campo del expresidente Trump los demócratas han venido a ocupar el lugar que antaño correspondió a los yihadistas. Así, para la republicana Marjorie Taylor Greene, una seguidora de QAnon empresaria y conspiranoica, el Congreso era parte de «una invasión islámica de nuestro gobierno» (Ackerman, 2021: 331-332). Esta misma empresaria ultraderechista confundió la Gestapo con el gazpacho. Yolanda Monge: «Una congresista de EE UU confunde la Gestapo con el gazpacho al atacar a la presidenta de la Cámara», *El País*, 10 de febrero de 2022 [en línea], <<https://elpais.com/internacional/2022-02-10/la-congresista-de-qanon-ataca-a-pelosi-y-confunde-gestapo-con-gazpacho.html>>. [Consulta: 26-8-2022].

minuto de reflexión y que, a la vez, puede ser empleado en todas las situaciones sociales, pues resuelve todos los problemas.

De modo que los mecanismos simplificadores, de los que forma parte principal la lógica conspiratoria, son un componente esencial del confort cognitivo. Y este aspecto es nuclear porque condiciona todos los demás, por cuanto altera la herramienta principal que tenemos los humanos para afrontar nuestros quehaceres: la razón. Conceptos como *posverdad* o *hechos alternativos* se inscriben en este registro. Una vez instalado ese tablero, no solo se privilegian ciertas categorías (identitarias) sobre otras (socioeconómicas), sino que se favorece un estilo de discusión propio de *hooligans* caracterizado por el tono bronco, la polarización y el insulto. Llamativamente, es este aspecto el que, tras contaminar por entero la esfera política, ha colocado a los caudillos populistas en el centro del tablero (Mény, 2019: 184). El atañor alquimista es multifuncional.

Para anticipar el rasgo relativo al poder de los alquimistas, que veremos ilustrado en detalle en los casos que siguen, sirve aquí una referencia antigua en la pluma de Milton Friedman, un economista que desde su púlpito en la Escuela de Chicago ejerció una influencia difícil de exagerar. Aparece en el prólogo a *Capitalismo y libertad* en la edición de 1982:

Solo una crisis —real o percibida— produce un cambio real. Cuando ocurre esa crisis, las acciones que se emprenden dependen de las ideas que se encuentran flotando en el ambiente. [...] Así, nuestra función básica es desarrollar alternativas a las políticas existentes, mantenerlas vivas y preparadas hasta que lo políticamente imposible se vuelva políticamente inevitable.

Cabe insistir en la indiferencia entre *real* y *percibido* que establece el guion, porque remite a una ley básica de la so-

ciología, el teorema de Thomas, que afirma que aquello que es percibido como real produce consecuencias reales. Aquí reside el poder de los alquimistas: en crear secuencias de atribución hacia problemas percibidos. Hemos observado que el esquema ha operado en la segunda vuelta de la reacción a la crisis de 2008, que ilustra la eclosión de los nacional-populismos. Adelantamos una referencia complementaria del capítulo sobre los Balcanes. Allí, en la misma década del aserto de Friedman, el padre ideológico del movimiento de la Gran Serbia —una variante del MAGA, del *Lebensraum* y, en general, de la *megali idea*—, el escritor Dobrica Ćosić, que luego accedería a la presidencia de la nueva Yugoslavia, dictó al líder de los extremistas serbobosnios, Radovan Karadžić, al comienzo de la guerra: «En Bosnia tienes que hacer todo para que lo que parecía imposible ayer sea posible hoy». Lo imposible era lo que los alquimistas habían elaborado como realidad percibida. Habrá quien considere que no son comparables ambos ejemplos, y entonces convendría recordar la conexión entre la Escuela de Chicago y el golpe de Pinochet. O la conexión de Carl Schmitt con Friedrich A. Hayek.²³

El cierre de la redacción conoce la intervención rusa en Ucrania. Hay al menos tres razones por las que ese hecho tiene relevancia para el escrito. En primer lugar, es un síntoma inequívoco de regresión civilizacional, con su componente de brutalización y deshumanización. En segundo lugar, su puesta en marcha lo ha sido con las herramientas que aparecen recurrentemente en estos espacios: el desprecio de la verdad, el abuso de la historia y la movilización de los aspectos más oscuros del pasado (victimismo, autoritarismo, nacionalis-

²³ William E. Scheuerman: «The unholy alliance of Carl Schmitt and Friedrich A. Hayek», *Constellations*, 4, 2 (1997), pp. 172-188; Sean Irving: «Limiting democracy and framing the economy: Hayek, Schmitt and ordoliberalism», *History of European Ideas*, 44, 1 (2018), pp. 113-127.

mo, violación de los acuerdos internacionales y antieuropeísmo). En tercer lugar, su carácter representativo ilustrado en las conexiones Putin-Trump. El expresidente norteamericano defendió la agresión a Ucrania en 2014 y lo ha vuelto a hacer en 2022. Esa posición tiene una doble explicación. En primer lugar, el oportunismo de Trump, que no dudó en aprovecharse de la ayuda rusa para su estrategia electoral, incluida la incorporación a su campaña de Paul Manafort, estrategia de la campaña prorrusa en Ucrania vinculado al expresidente Yanukóvich y al oligarca ruso Oleg Deripaska, cuyo abogado, Marc Kasowitz, era el mismo de Trump. Manafort tuvo que dimitir cuando se supo que había recibido más de 12 millones de dólares en negro de Yanukóvich. Yanukóvich y Manafort están conectados a través de Dmytro Firtash, uno de los tres pilares de la mafia de la guerra, junto con Mogilevich, y el círculo de Putin, según Roberto Saviano.²⁴ A Manafort le sucedió Steve Bannon, que lubricó a la oligarquía norteamericana y encumbró a los supremacistas blancos. Uno de sus líderes, Matthew Heimbach, se refirió a Putin como «el líder de las fuerzas antiglobalistas» y a Rusia como su aliado más poderoso y un «eje para los nacionalistas» (Snyder, 2018: 215 y 236). La conexión Trump-Putin es un ejemplo de coalición cruzada en términos de nacionalismo, que define a ambos, pero es, y este es el segundo flanco, una coalición genuina en términos de autoritarismo, rechazo al internacionalismo y desprecio por la verdad y vinculación con los sectores plutocráticos. La divisa *non olet* es compartida por el dinero sucio de los cleptócratas orientales y los plutócratas occidentales; la corrupción es, como se ha señalado, el síntoma de la captura de democracia. Por eso, observa con tino Paul Krugman,

²⁴ Roberto Saviano: «El papel de la mafia en la guerra de Ucrania», *El Mundo*, 4 de marzo de 2022.

«adoptar medidas eficaces contra el punto más débil de Putin exigiría enfrentarse a la propia corrupción de Occidente y derrotarla».²⁵

La secuencia adelantada antes de este inciso es una versión caricaturizada del hilo argumental. Los procesos sociales rara vez se dejan apresar en esquemas tan elementales: requieren letra menuda y notas al pie. Aunque parece haber una relación inversamente proporcional entre las expectativas de lectura y el volumen de un escrito en general y del aparato crítico en particular, este trabajo no se resigna a renunciar al segundo. Desde dos motivos complementarios. El primero se refiere al hecho de que, dada la multiplicidad de lecturas posibles de los acontecimientos que se relatan, la bibliografía complementaria permite aproximaciones más ricas y rutas distintas de las que formulan los autores. El segundo es de orden deontológico: puesto que la cuestión de la verdad y la fiabilidad son elementos centrales en el diagnóstico de los fenómenos que se analizan, resulta obligado mostrar los sustentos teóricos en que se apoyan las hipótesis propuestas. De otro modo, se trata de que la lectura crítica de la constelación que puebla el populismo se aleje cuanto sea posible del populismo epistemológico.

El escrito no se ocupa de trazar la geografía conceptual de las categorías políticas, una tarea que desborda el espacio de estas páginas pero que, sobre todo, es secundaria con relación a los procesos generales que ilustran los casos objeto de interés; y en cuyo contexto y a partir de las determinaciones concretas que los describen adquieren sentido los conceptos utilizados. En otras palabras, hacemos nuestra la apreciación de Tony Judt,

²⁵ Paul Krugman, «El blanqueo de dinero es el talón de Aquiles de Putin», *El País*, 26 de febrero de 2022 [en línea] <<https://elpais.com/economia/negocios/2022-02-26/el-blanqueo-de-dinero-es-el-talon-de-aquiles-de-putin.html>>. [Consulta: 25-8-2022].

tomada de los clásicos, en el sentido de que la ciencia social es la enseñanza de la filosofía mediante ejemplos.

El grueso del volumen se ocupa de detallar un muestrario de ejemplos. El siguiente capítulo y principal establece las afinidades entre el momento Weimar y la epifanía del Capitolio. A continuación, capítulos relativos al *Brexit*, Italia, el Grupo de Visegrado, la antigua Yugoslavia, Israel y Francia. Para terminar con unas conclusiones tentativas.

Para las referencias se ha adoptado la convención de citar a pie de página artículos y capítulos y remitir en el cuerpo a los libros, cuya ficha completa aparece en la lista final de referencias bibliográficas, tanto de autores individuales como colectivos. En este último caso, los capítulos particulares aparecen reseñados a pie de página. En las referencias al pie se indica después de las páginas correspondientes del artículo o del capítulo, aquella en la que aparece la cita.

Los autores desean expresar su agradecimiento a Ignacio Alonso del Val, Jesús Casquete, Araceli García del Soto, Tal Haran, Trisha y Karl Kovac, Meir Margalit, Concha Martín Sánchez, Gérard Oyhamberry, Jesús Puente, Josu Ugarte, Rodrigo Vázquez de Prada y al equipo editor por su valiosa colaboración en los últimos compases. Bien entendido, nada de lo que en este escrito resulte insolvente es de su incumbencia sino solo de la de quienes lo firman.